



Gracias a la victoriosa ofensiva de los socialdemócratas contra los marxistas, el XXVIII Congreso socialista ha sido el menos marxista de los Congresos posibles.

XXVIII Congreso PSOE

MARX GANA, FELIPE VENCE

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

GRACIAS al voto esquizofrénico de la base socialista, que combina la fidelidad a la ideología marxista con la lealtad personal a Felipe González, Marx, que parecía dispuesto a salir con la cabeza en alto durante la madrugada, terminaba saliendo con los pies por delante por la noche. Menos de veinte horas había durado la victoria pírrica de los marxistas, que, después de ganar ampliamente en una votación democrática, fueron también ampliamente derrotados en un plebiscito presidencialista.

Así, en virtud del ataque victorioso de los socialdemócratas contra los marxistas, el XXVIII Congreso socialista ha sido el menos marxista de los Congresos posibles. No nos referimos sólo a la pobreza de las ponencias, o a la ausencia de una mínima discusión so-

bre la política de alianzas, sino al hecho de que ante una delicada coyuntura política que vive el país el PSOE, que acusa con razón a UCD de incapacidad política y de carecer hasta de programa econó-

mico, comete el mismo pecado al no poder dotarse ante la opinión pública de una alternativa económica (aplazada hasta octubre) y de una dirección política firme y estable hasta la realización de un

Congreso extraordinario (a celebrar en un plazo máximo de seis meses). Este alto coste político que paga el PSOE, por establecer de una vez y para siempre que el socialismo no es sinónimo de marxismo, indica que no hemos estado delante de una polémica bizantina.

La designación de una comisión gestora para dirigir provisionalmente el partido, por un período semestral, es la principal constatación de la victoria de Enrique Múgica, Alfonso Guerra y Felipe González y de la derrota de Luis Gómez Llorente y de Francisco Bustelo. Al colocar el primer secretario todo su peso personal en la contienda ideológica estableciendo la opción entre Marx o Felipe, cuando hasta entonces había sostenido que él se limitaba a dar una opinión personal no



Felipe González corregiría su equivocación primera, utilizando su carisma personal entre los delegados.

MARX GANA, FELIPE VENCE



queriendo coartar la soberanía del Congreso, el resultado político quedaba invertido "ipso facto". A juzgar por este desenlace, parece claro que Felipe González, que había sobrestimado inicialmente la correlación de fuerzas interna en el seno del PSOE, corregía su equivocación empleando a fondo su carisma personal entre los delegados. Al final su único error consistió en no instrumentalizar este prestigio antes de la votación democrática de la ponencia política, sino después, a través de la vía plebiscitaria.

Un combate desigual

Aunque para ser justos hay que reconocer que los socialdemócratas han sido infinitamente superiores a los marxistas en el planteamiento político, orgánico y estratégico de esta batalla ideológica. Contando con el apoyo entusiasta de los medios de comunicación y con el sostén de muchísimos observadores y delegados fraternales —sin voz y sin voto, pero con manos y voces para aplaudir y

gritar—, han sabido actuar en todo momento con gran habilidad política. Prueba de ello era el ambiente que existía en la tarde del domingo cuando era imposible formar ningún tipo de candidaturas debido a las lógicas maniobras de pasillo que hicieron de la victoria marxista un auténtico cepto político para sus partidarios. Síntesis de todas estas operaciones era la orden dada por Joan Reventós, determinante para que no se elaborase ninguna nueva ejecutiva, a los delegados catalanes de no votar ninguna lista en la que no estuviese Felipe González.

Por el contrario, los marxistas no supieron qué hacer con su victoria cuando en la madrugada del domingo imponían una declaración política por el doble de síes que de noes (61 por 100 a favor, 31 por 100 en contra y un 6 por 100 de abstención). No habían previsto la posibilidad de que Felipe González jugase la carta del abandono, máxime cuando siempre había sostenido que para él era una polémica accesoria, y no pudieron articular una candidatura ante el efecto plebiscitario de la hábil renuncia de Felipe González. Habían ido de victoria democrática en victoria democrática, sin saberla rentabilizar políticamente, para caer finalmente en la trampa de un referéndum político.

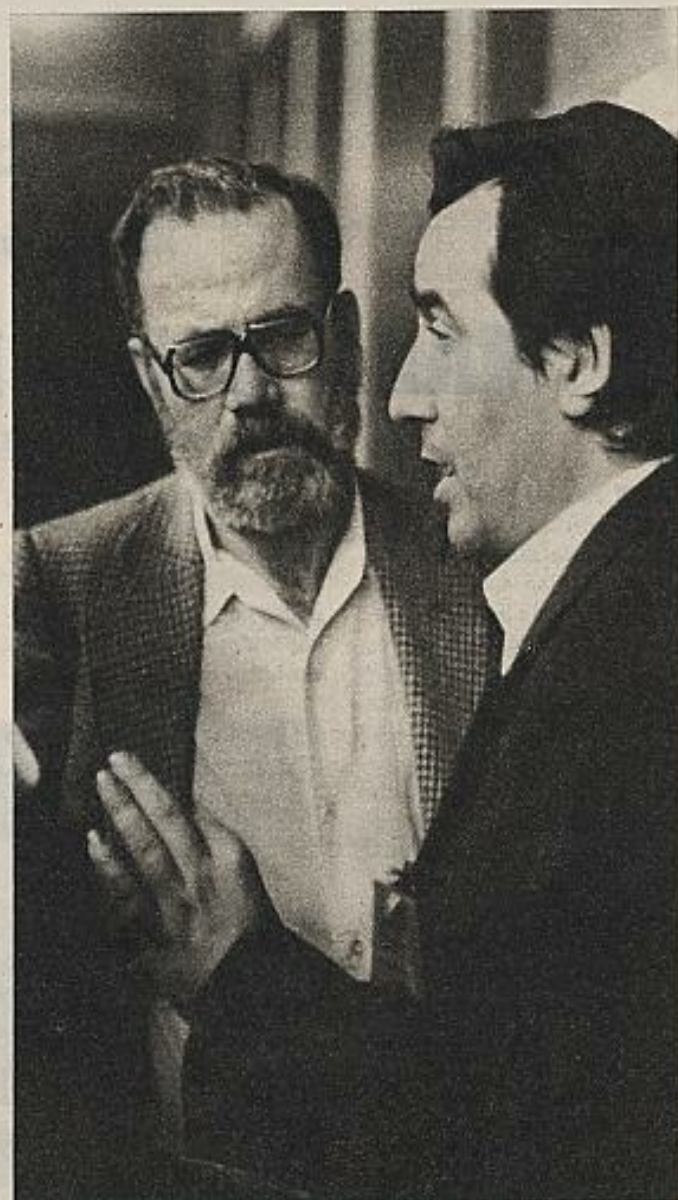
En su descargo hay que señalar, aparte el hecho de tener todos los medios de comunicación en contra y de haber sido envueltos en una ex-

traordinaria campaña de difamaciones y calumnias orquestadas por el aparato del partido, las muy especiales y singulares características de la base socialista. Un conjunto de militantes y cuadros de muy escasa formación ideológica, por no decir que ninguna, sin preparación política, con una enorme tendencia al voto emocional —jaleados por el grupo de observadores enviados por los organizadores del Congreso— eran un terreno demasiado resbaladizo para lanzarse a fondo contra los socialdemócratas. Personalmente, la tarde del domingo pude comprobar cómo hasta destacados parlamentarios socialistas pensaban en la posibilidad de un golpe de

Estado si Felipe abandonaba definitivamente la dirección del partido. Y, a pesar de ello, los marxistas apretaron el pie del acelerador, en lugar de frenar, una vez alcanzado su objetivo, de mantener la definición marxista del PSOE.

La ofensiva marxista

Porque la defensa de esta definición ideológica, desarrollada en la primera mitad del Congreso, se transforma en su segunda mitad en una amplia ofensiva, que culminaba el domingo con la aprobación mayoritaria de la ponencia política. En ese intermedio hubo un punto de inflexión que impidió llegar a una



Bustelo y Gómez Llorente: el sector marxista se empleó a fondo, pero no se pudo llegar a una solución de compromiso.



El Congreso fue un ajuste de cuentas, a todas luces prematuro, entre las dos almas del socialismo español.

solución de compromiso por subirseles los éxitos a la cabeza a los marxistas. Y justamente ese punto radica en la hora en que la comisión política rechazó abrumadoramente, por tanteo alrededor de un 90 por 100 contra un 10 por 100, la fórmula de pacto que habían elaborado cuatro de los miembros más importantes de la anterior ejecutiva, defendida por la cabeza del sector marxista, Luis Gómez Llorente.

Hasta entonces, los marxistas habían actuado con eficacia. La abierta intervención marxista de Enrique Tierno Galván, coreada con encendidos aplausos y recibida con la entonación de "La Internacional", las dos derrotas sucesivas de Gregorio Peces-Barba como candidato oficialista a la presidencia del Congreso, el fuerte bombardeo crítico de cuarenta y una intervenciones que pusieron el acento en la falta de democracia interna y centralismo burocrático de la secretaría de organización y el alto número de abstenciones y votos negativos durante la votación sobre la gestión de la anterior ejecutiva (68 por 100 a favor, 21 por 100 de abstenciones y 10 por 100 en contra) fueron

sucesivas y oportunas acciones defensivas que acabaron torpemente dando el salto cualitativo a la ofensiva cuando no existían condiciones para ello. Si al inicio del Congreso era Felipe González quien había calculado mal la relación de fuerzas en su desarrollo, es la tendencia marxista la que cae en el mismo error, estimando posible alcanzar objetivos más importantes que el mantenimiento de la definición ideológica.

Sin tener en cuenta que contaban ya con el precedente de lo ocurrido en la primera votación, donde tres delegaciones cambiaron en el último minuto su orientación de voto negativo o abstencionista (Jaén, 10 por 100 de los votos; Cataluña, 6 por 100, y Asturias, un 2 por 100) para alcanzar el tope mínimo del 65 por 100 que exigía Felipe González, al día siguiente no sólo eran desestimadas las ponencias oficiales, sino que se rechazan rotundamente fórmulas ambiguas de compromiso. La misma importante señal de la visceral intervención del primer secretario, en la que llegó a calificar de pequeños burgueses a sus oponentes, no fue o no quiso ser vista pensando que

iba a ser posible mantener la definición ideológica al mismo tiempo que variar la composición de la comisión ejecutiva en su favor, permaneciendo Felipe González como secretario. Así, a las 0,56 horas del domingo, las enmiendas parciales eran derrotadas, las totales contra el marxismo ni siquiera pudieron llegar al pleno por no alcanzar el imprescindible apoyo del 10 por 100 de las delegaciones o el 15 por 100 de los votos de los delegados para poder pasar a los plenos, por la inmensa mayoría de los delegados (61 por 100 a favor del marxismo, 31 por 100 en contra de Marx y un 6 por ciento de abstenciones), que de un modo entusiasta y emocionante aplaudían y coreaban el apellido Bustelo.

La contraofensiva socialdemócrata

Catorce horas más tarde esas mismas manos y esas mismas voces aplaudían y gritaban enardecidos el nombre de Felipe cuando anunciaba su decisión de no presentarse a la reelección. La utilización de este último cartucho, que muy pocos preveían, convertía en pólvora

mojada y en papel mojado toda la artillería dialéctica de los marxistas y la ponencia política aprobaba democráticamente en el pleno. Con esta operación plebiscitaria se iniciaba la contraofensiva socialdemócrata que acabaría por vencer definitivamente en muy pocas horas.

La formación de una comisión gestora, que deja de hecho todo poder en manos del grupo parlamentario del que es presidente Felipe González, y la convocatoria de un nuevo Congreso extraordinario con dos puntos en el orden del día —línea política y elección de la comisión ejecutiva— se anunciaban ocho horas después del dramático lo tomas o lo dejas planteado por Felipe González. Porque al final para estos delegados el problema no era ya el que les abandonase o no Marx, sino que les abandonase o no Felipe González. Reacción psicológica mucho más acentuada que la que pudiese existir en la votación sobre la ponencia política. No es cierto, como aseguraba la noche de la votación un sociólogo socialdemócrata a Juan Linz, que la explicación del voto marxista fuese de carácter psicológico; pero sí es válida para la rela-

MARX GANA FELIPE VENCE

ción casi freudiana que existe entre los militantes, cuadros y dirigentes socialistas con Felipe González. Bastaba mirar las lágrimas de varios de los miembros de la comisión ejecutiva, cuando Felipe González anunciaba su decisión, para entender la relación psíquica que existe entre este hombre y sus partidarios.

Precisamente por ello el próximo Congreso extraordinario, al unir prácticamente las dos votaciones habidas en esta última reunión, va a resolver este voto esquizofrénico, puesto que va a ser un referéndum, dado que va a ser imposible separar la discusión política de la elección del primer secretario. Con ello la organización política socialista inicia un serio paso adelante en una configuración presidencialista y personalista. Ya no se va a tratar de elaborar colectivamente una línea política, sino de aceptar o no la

que elabore una persona o un pequeño grupo de personas. Es evidente que este Congreso será un desfile militar para los socialdemócratas. La amplitud de su victoria vendrá determinada por la conveniencia o no de mantener en la dirección algún representante marxista.

Es decir, los socialdemócratas han vencido porque han utilizado a fondo el extraordinario poder de una secretaria general. Y parece lógico su triunfo por cuanto al desplazarse hacia ellos el punto de equilibrio que era Felipe González, el combate, en última instancia, no podía tener más que un vencedor. Esa ha sido la verdadera dimensión de un Congreso que no ha hecho más que reforzar los poderes de Felipe González. La polémica marxista, como se preveía, no ha sido más que una operación táctica destinada a reajustar la

correlación de fuerzas interna y a no entrar en la discusión de problemas políticos concretos — política de alianzas, alternativa política, democratización de la organización —, a la vez que sentar las bases de una fundamental desviación estratégica.

Una coyuntura crítica como telón de fondo

Lo sorprendente de este ajuste de cuentas pendiente entre las dos alas del socialismo español es que se haya producido aquí y ahora. Porque tiene todas las características de ser un combate prematuro, hubiese sido explicable en un contexto de Gobierno de coalición de centro izquierda, que ha sido precipitado no se sabe muy bien por qué, para qué y por quién. Tres interrogantes que se su-

man en una: ¿por qué era tan urgente e imprescindible en estos momentos para los socialdemócratas la defenestración de los marxistas? Pregunta clave porque no basta explicarse lo sucedido como el resultado únicamente de unas profundas convicciones personales o una presión del socialismo alemán de Willy Brand.

Los resultados electorales del 1 de marzo y del 3 de abril combinados proyectan una grave situación política para la derecha: el PSOE, en lugar de gobernar políticamente con Unión de Centro Democrático en un Gabinete de coalición de centro izquierda, gobierna municipalmente con el PCE en unos Ayuntamientos democráticos, y en lugar de apoyar de un modo u otro la solitaria travesía de un Gobierno mopocolor tan impotente como incapaz que poco a poco va retrocediendo hasta



Las mismas bases que aplaudieron entusiasmadas a Bustelo corearían al final el nombre de Felipe González.



Bastaba mirar las lágrimas de varios de los miembros de la comisión ejecutiva, cuando Felipe González anunciaba su decisión, para entender la relación psíquica que existe entre este hombre y sus partidarios.

sus orígenes franquistas, da la mano a los comunistas sentando las bases de una potencial colaboración política.

Este dato, en vez de apoyar a UCD, da poder al PCE; y esta previsión, en vez de configurarse como una política de sostén y recambio de UCD, empieza a configurarse como alternativa al sistema; es la que trae de quicio la coyuntura política y obliga a los socialdemócratas a precipitar prematuramente su asalto a la dirección plena del PSOE, venciendo la enorme resistencia de sus bases con la explotación del carisma de Felipe González. Porque hay la necesidad de eliminar todo aquello que aún molesta a la derecha. De ahí que, aunque no se haya explícitamente tocado la política concreta, este Congreso haya sido uno de los más políticos. Y es que detrás de toda esta cuestión semántica aparece el intento de llevar al PSOE hacia un Gobierno de coalición con Unión de Centro Democrático-Alfonso Guerra, en las vísperas de este caótico Congreso, ya se refería a la hipótesis de entrada en el Gobierno antes de

que finalicen estos cuatro años— y de congelar el pacto municipal con el Partido Comunista de España.

Y es que en la inestable situación política española el PSOE parece abocado, a no ser que varíe sustancialmente el panorama, a tener que estrechar sus relaciones con el PCE a través de la formulación de un pacto de legislatura entre los dos partidos de la izquierda o a sostener de un modo u otro a Unión de Centro Democrático. Quizá lo que hemos presenciado estos cuatro días forme parte de una operación de más amplio vuelo y el definitivo desalojo de Carlos Marx de Joaquín García Morato, 165, no sea más que el prólogo de esta global maniobra que tiende a estabilizar el grave desequilibrio inestable político-económico existente. Que lo logre es harina de otro costal. De momento, no se puede hacer más que anunciar que Carlos Marx ha perdido una de sus dos direcciones en Madrid. Para los marxistas no queda ya más que una dirección: Castelló, 36. ■ F. L. A. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.

BIZANTINOS DE MARX

LOS debates europeos —y españoles— sobre el marxismo y el leninismo transcurren ante la reflexiva atención, la meditación y el juicio de personas que no han leído en su vida a Marx ni a Lenin. Apasiona profundamente a los ignorantes. Si se pide a estos observadores, de la derecha o de la izquierda, qué opinan ellos del abandono o la adhesión del marxismo, de la continuidad o la interrupción del leninismo, se obtendrán extrañas conclusiones. Para muchos, abandonar el marxismo supone girar hacia la derecha; renunciar al leninismo, renunciar a la revolución. Esta será una de las reflexiones menos ignorantes. Para los observadores de la derecha el tema significa todavía menos: lo consideran toda una trampa. Son opiniones que emiten hasta esos sesudos varones de la prensa que se conservan en las cuevas mejor guardadas de los periódicos y que llaman editorialistas. "Bien pensadas las cosas" —dice uno de ellos, a quien sin duda se abona un salario por pensar y que define esa función de bien pensar como dedicar a las ideas "un razonable detenimiento y alguna profundidad"—, resulta que el abandono o no del marxismo "no encierra interés superior al que pueda suscitar una discusión bizantina". Recordemos lo que significa "discusión bizantina": discutan los bizantinos sobre temas tan sutiles sobre el sexo de los ángeles o cuántas de estas finas criaturas podrían caber en la punta de un alfiler cuando llegaron los infieles y los acogotaron a todos.

Así, el debate sobre el marxismo —en el que tampoco se explica qué es lo vivo y lo muerto de Marx— se desarrolla entre una izquierda preocupada, irritada y dividida y una derecha burlona y escéptica, que de todas formas no acude al planteamiento. Había pasado algo parecido cuando el PCE discutió el tema del leninismo. Cuántos ejemplares de "El capital" caben en la cabeza de un alfiler o cuántas de Lenin en la punta de una hoz son excelentes temas para la división de la izquierda, para la ruptura de los partidos y la desesperación de los electores. Pero el tema no va a hacer variar los ficheros de "los de siempre", ni va a entrar en cuenta en los computadores de la CIA o del Pentágono. No parece que Pinochet se apasionara mucho por el tema, por los conceptos de Allende o por su sistema de revolución en la legalidad al poder. Tampoco interesó excesivamente a los que enviaron los tanques del Pacto de Varsovia a Checoslovaquia cuando Dubcek y sus intelectuales hacían sus consideraciones acerca del "socialismo en libertad".

La derecha, aquí, no ha abandonado todavía a Felipe II, ni siquiera a los Reyes Católicos. A veces parece que la derecha universal no ha abandonado al fiero hombre de Cromagnon. Ni se ha molestado en buscar al eslabón perdido (cuando encuentra al señor Sudrez parece desdeñarle). Conviene escuchar a sus editorialistas. Incluso a los del "Washington Post": son discusiones bizantinas. ■

POZUELO